

tigos temporales de Jerusalén, por el grande amor que la tenía, ¡cuánto más lloraría el castigo eterno que habrá de recibir en la otra vida, cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia muy rigurosa, en el día de la cuenta! ¡Oh piadosísimo Jesús! ¡Con cuánto afecto llorabais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalén, mirándoles cercados de los demonios, postrados en el infierno, atormentados en todas sus potencias con turbación y desorden sempiterno! ¡Oh alma! Teme no seas tú de estos desgraciados. ¿Qué has de hacer para evitarlo? ¿Cómo aprovechas las visitas amorosas del Señor?

Punto 3.º *Jesús se dirige al templo, y, al anochecer, cansado de trabajar, se vuelve á Betania.*—Considera en este punto cómo Jesucristo, en entrando en Jerusalén, luego se fué al templo¹ á dar gracias á su Padre eterno, como lo tenía de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos, y los niños que estaban en el templo, á imitación de los otros, renovaron el cántico: «Hosanna al hijo de David». Los fariseos, indignados, le dijeron: «¿Oyes lo que dicen estos?» Respondió: «Sí, oigo. ¿No habéis leído lo que dice la Escritura²: De la boca de los infantes sacaste perfecta alabanza?» Pondera, por una parte, la bondad y largueza de Jesús en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era; y además, la eficacia de la divina inspiración en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y, por otra parte, la maldad de los fariseos en sacar de todo ponzoña; porque, carcomidos de la envidia, ni les enternece la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apenas sabían hablar. ¡Ay del hombre, cuyo corazón es presa del odio y de la envidia! Finalmente, mira cómo, habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel día trabajando en predicar y hacer maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos³, por ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello, por temor de los fariseos; y así se volvió con sus Apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalén. En lo cual se ve la infinita generosidad y misericordia de Dios con los hombres; y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres contra Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan presto desampararon por temor humano al que habían recibido con tanto regocijo; cuya pena profetizó Cristo nuestro Señor al día siguiente por la mañana⁴, maldiciendo á la higuera que no tenía fruta de que comiese, y al punto se secó. ¡Oh Juez justísimo! ¡Cuán justamente echaréis la maldición á los malos en el día del juicio, porque teniendo hambre no os dieron de comer, y siendo peregrino no os quisieron hospedar! No permitáis que sea yo

¹ Matth., xxi, 12. — ² Psalm. viii, 3. — ³ Marc., xi, 11. — ⁴ Matth., xxi, 19.

tan ingrato, que, recibiendo de Vos todas las cosas, os niegue lo que me pedís, aunque sea mi corazón. ¡Oh alma mía! Imita á los tiernos infantes que sin dolo y con sinceridad alaban á Jesús, y huye de la abominable y envidiosa conducta de los fariseos que quieren estorbarlo. No te impida el temor humano el convidar y hospedar á Cristo, para que Él no te deseche de su reino. ¿Qué debes hacer á este fin?

Epílogo y coloquios. ¿Á quién no sorprende y admira la conducta de Jesucristo en su entrada en Jerusalén? Rodeado de turbas que le alaban, vítoean y llenan el aire de armoniosos cantares en su honor, prorrumpe en amargo llanto al momento que divisa la ciudad. ¡Tan poco caso hace de los aplausos de los que le acompañan! Tan encendida es la caridad que siente por aquella infeliz ciudad y por sus habitantes, que, ya entra con muestras de alegría en señal del deseo que tiene de remediarla, ya derrama lágrimas para manifestar la pena que le causa su ingratitud. ¡También por ti lloraría Jesús en esta ocasión! Previendo tus pecados, el poco caso que de sus gracias habías de hacer, derramaría tiernas y amargas lágrimas de sentimiento. ¿No te confundes de haber causado llanto al mismo Dios? ¡Ah! ¡Si hubieses conocido lo que hacías! ¡Si hubieses reflexionado acerca de los medios que ponía Jesús en tus manos para no ofenderle y para conservar la paz en tu corazón y con Dios, indudablemente te hubieras detenido! Mas no lo pensaste, ni lo meditaste, y viniste á arrojarte en el precipicio de la culpa. Levanta tus ojos á Jesús, y al contemplarle tan solícito en el templo, curando á todos y enseñando sabia doctrina, y confundiendo con perentorias razones á los fariseos, acércate á Él humildemente, y al verle cansado, sediento, muerto de hambre, ofrécete á servirle, dándole tu corazón por morada y tu sangre por refrigerio. ¿Qué debes hacer para ello? ¿Qué exige de ti? Medítalo, propón, pide gracia, y ruega por todo el mundo.

9.ª — JESÚS UNGIDO POR LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º La Magdalena ungió á Jesús con precioso unguento, lo que dió ocasión á que Judas murmurase de ella; mas el Señor la defendió.

PRELUDIO 2.º Representate vivamente este suceso, y que te hallas presente á él.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la devoción de la Magdalena y de huir de murmuración.

Punto 1.º *Devoción de la Magdalena en ungir á Jesús.*—Considera cómo, hallándose Jesús en un convite en Betania, se presentó María¹, hermana de Lázaro, trayendo en un vaso de alabastro una libra de unguento muy precioso, y con él ungió al

¹ Joan., xii, 3.

Señor. Dos veces hizo la Magdalena este devoto obsequio á Jesús. La primera, en su conversión, para obtener el perdón de sus pecados. La segunda fué ésta, en acción de gracias por haber resucitado á Lázaro su hermano. Y es de creer que comenzaría arrojándose á los pies de su divino Maestro, como la primera vez, y lavándolos con sus lágrimas, y limpiándolos con la mejor toalla que tenía, que eran sus cabellos, luego los ungió respetuosamente, y, cobrando nuevo ánimo, se atrevió á ungrle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro en que estaba el unguento, para que no quedase nada de él. ¡Oh, qué atento y contento estaría el Salvador, viendo la obra de aquella su sierva fiel y la devoción y afecto interior con que la hacía! Á imitación de esta ilustre discípula del Señor, procura ungrle dos veces; á saber: una para pagar la deuda de los pecados cometidos, y otra para agradecer los beneficios recibidos, sirviéndole con lo mejor y más precioso que tuvieres. En especial, trata de quebrantar el vaso de alabastro, que es tu cuerpo, con ejercicios de mortificación y penitencia; y con la contrición y dolor de tus pecados quebranta tus querer y apetitos. Unge con muchedumbre de afectos y obras muy excelentes de humildad y caridad, con fidelidad y pureza de intención, primero los pies, después la cabeza de Cristo, meditando devotamente las bajezas de su humanidad, figurada por los pies, procurando imitarlas y abrazarlas con obras de mortificación; y después, subiendo á meditar las grandezas de su divinidad, figuradas por la cabeza, gozándote de ellas y agradeciendo los beneficios que proceden de ambas. ¿Ungimos nosotros á Cristo con el óleo de la devoción y el bálsamo del buen ejemplo? ¿Meditamos los misterios de su humanidad y divinidad con los afectos que á los mismos convienen? ¡Oh dulcísimo Jesús, Dios y hombre verdadero! Pues de vuestra mano he recibido lo bueno que tengo en este vaso quebradizo. yo os lo ofrezco todo, sin reservarme nada, aunque se haya de quebrar el vaso, cuando fuere menester para vuestro servicio.

Punto 2.º *Judas y los demás discípulos murmuran de la acción de la Magdalena.*—Viendo el desgraciado Judas lo que hacía la Magdalena, comenzó á decir: «¿Cómo no se vendió este unguento en trescientos dineros, y con él se podían remediar muchos pobres?» Y los demás discípulos, siguiendo el mal ejemplo del traidor, dijeron lo mismo, llevando pesadamente lo que hacía aquella devota mujer, y enojándose contra ella. En lo cual puedes considerar, cómo nunca falta quien censure y critique las buenas acciones de los prójimos. Unos, llevados de su malicia y dañada intención, como Judas; otros, por ignorancia ó buen celo, aunque indiscreto, como los otros discípulos, los cuales murmuraron también de la Magdalena, pareciéndoles que era pródi-

† Matth., xxvi, 9; Marc., xiv, 4.

ga en despreciar aquel unguento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreación de ser unguento; y que era indiscreta en no remediar con el valor de aquel unguento muchos pobres; y también tácitamente redundaba esta murmuración en su Maestro que la permitía. Pero todos erraban en su juicio, porque no sabían ponderar el espíritu que movía á esta santa mujer á hacer tal obra, ni el que movía á Cristo á aceptarla, y por su poca devoción ó por su aprensión superficial la condenaron, y se indignaron y murmuraron de ella. De donde has de sacar aviso para nunca juzgar mal de nadie, ni echar á mala parte las obras que parecen buenas, dejando el juicio de todo esto á solo Dios, que es el verdadero juez; de otra suerte, yerras y te expones á pecar contra los prójimos y contra el Espíritu Santo, que les ha inspirado aquella obra de que murmuras. Pondera cómo es creíble que la murmuración comenzaría por Judas, el cual, con su mal ejemplo, indujo á sus condiscípulos á que hicieran lo mismo que él, para que veas cuán pestilencial es el mal ejemplo de un malo para llevar tras sí á muchos buenos, si de él no se apartan. ¡Oh Maestro soberano, que dijisteis: «No queráis juzgar, y no seréis juzgados, y con la medida que midiereis á otros, seréis medidos!» Concededme ojos sencillos de paloma, para que mire á mis prójimos y á todas sus obras sin odio ni mala voluntad, y juzgue de ellos del modo que deseo ser juzgado de Vos. ¿Juzgamos nosotros torcidamente á nuestros prójimos? ¿Cómo debemos evitar tales juicios?

Punto 3.º *Jesús sale á la defensa de la Magdalena.*—Considera cómo Jesús, viendo los juicios de sus discípulos, los reprendió, diciendo: «¿Por qué sois molestos á esta mujer? Ella ha hecho una buena obra en Mí; siempre tendréis á quien hacer bien; á Mí no siempre me tendréis. Dígoos de verdad que, dondequiera que se predique este Evangelio, se dirá lo que esta mujer ha hecho conmigo». Mira las heroicas virtudes que aquí descubre Jesús. La fidelidad en defender á su sierva la Magdalena, callando ella, como ya lo había hecho otras veces; porque propio es de este Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones, y no quieren excusarse ni defenderse, fiándose de su divina providencia. ¡Oh, si tú supieras callar en tales casos! ¡Cuánto mejor que tú mismo te defendería aquel Señor por cuyo honor padeces tales afrentas! Muestra también grande benignidad y blandura en corregir á sus discípulos y á Judas; porque, aunque vió turbada su escuela, Él no se turbó ni indignó, sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenían y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que había sido por instinto del divino Espíritu, que movió á esta mujer para que unguiese con aquel unguento su cuerpo vivo,

† Luc., vi, 37. — ‡ Luc., vii, 44.

porque no le podría ungir después de muerto. Manifiesta, por fin grande caridad y generosidad, con muestras de la providencia que tiene de convertir en bien¹ de sus escogidos todas las cosas que les suceden, aunque sean afrentosas; porque si la Magdalena no fuese murmurada por esta obra, no habría sido publicada ni premiada con tanta honra suya; y en premio de esta ligera afrenta que recibió, prometiéndola el Señor que su obra sería predicada y publicada por todo el mundo, para honra de quien la ejecutó; y así se ha cumplido, porque todos creemos que esta obra fué santa y por inspiración divina, y alabamos á la que la hizo. ¡Oh Redentor mío! Gózome de la devoción con que os obsequia esta mujer; pero mucho más alabo vuestra generosidad en premiar lo poco que por Vos hace ó padece; pues por cuatro ó seis que de esta obra murmuraron, queréis que millones de hombres la engrandezcan. ¡Oh! ¡Cuán abundantemente recompensáis, aun en este mundo, los servicios que os prestamos! ¿Cómo es que no sirvamos nosotros con mayor celo á Jesús? ¿Cómo nos atrevemos á criticar á los que le sirven?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán laudable y gloriosa fué la devoción de la Magdalena! No contenta con haber ungido á Jesús cuando de Él recibió el perdón de los pecados, se le presenta nueva ocasión, y repite esta caritativa y amorosa obra, en agradecimiento al beneficio que de Él había recibido con la resurrección de su hermano Lázaro. ¡Oh, si tú imitases á esta devota mujer ungiendo á Jesús por medio de la meditación devota de los misterios de su humanidad y divinidad, y quebrantando con la penitencia el vaso de tu cuerpo! No importa que te censuren los hombres. Tampoco pudo evitar estas murmuraciones la Magdalena, á pesar de ser guiada por el Espíritu del Señor. También ella fué juzgada desfavorablemente y criticada por Judas, y aun por los otros discípulos del Señor, los cuales, juzgando por las apariencias exteriores, tuvieron por prodigalidad lo que era un acto de la más acrisolada devoción. En cambio, Jesús, fidelísimo á su promesa de proteger á los perseguidos por su amor, defiende cuidadoso á su amante sierva, corrigiendo con blandura á sus murmuradores, y prometiéndola eterna y universal gloria por aquella acción, en recompensa de la ligera humillación que la habían ocasionado los juicios de aquellos pocos. ¿Ves cómo paga Jesús los servicios que se le hacen y las penas que por Él se sufren? ¿Observas la facilidad con que se introducen las murmuraciones en una comunidad? ¿No temerás la familiaridad y comunicación con los relajados? Medita bien todo esto, porque puede ser para ti muy provechoso; aprende las lecciones que te dan Jesús y la Magdalena; escarmienta en la malicia de Judas y en la debilidad de los Apóstoles; y para una y otra cosa, forma

¹ Rom., viii, 28.

los propósitos prácticos que te convengan; ruega fervorosamente por ti y por todas las necesidades que te han recomendado.

10.—JUDAS VENDE Á CRISTO, SU MAESTRO.

PRELUDIO 1.º Instigado del demonio y movido de la avaricia, Judas vendió á Jesucristo.

PRELUDIO 2.º Representate á Judas concertando con los sacerdotes esta venta.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no dejarte arrastrar de ninguna pasión.

Punto 1.º *Quién es el vendido por Judas.*—Considera cómo el primer paso de la Pasión de Jesucristo, y la primera injuria que se le infirió, fué el ser vendido por Judas á sus enemigos, y esta fué una de las mayores ignominias que Él recordó con más sentimiento después, estando cenando con sus discípulos. Acerca de este triste y doloroso suceso, debes ponderar primeramente quién es el vendido y las causas por que permite esta venta. El vendido tan injuriosamente es el mismo Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Señor de todo lo criado, cuya propiedad es ser inestimable, porque su valor es infinito; el cual, por su inmensa caridad, bajó del cielo á comprarnos con el precio de su sangre¹, y á comprar para nosotros los bienes de gracia y gloria que perdimos, y en esto gastó toda su vida, haciendo innumerables bienes á los hombres, para sacarlos de la servidumbre del demonio, á quien de su voluntad se habían vendido por el pecado. Aunque este Señor tan soberano y bienhechor de todos es vendido á traición y como si fuera esclavo, consintió, sin embargo, en ser el objeto de esta venta tan afrentosa, principalmente por dos causas. La primera, para satisfacer con ella la injuria que hiciste á Dios, vendiendo tu alma al demonio por la culpa, por la cual merecías que este Señor te hubiese mandado vender como al siervo que debía diez mil talentos²; pero Él, lleno de bondad, ha querido ser vendido para pagar todas tus deudas. La segunda fué para darte ejemplo de rara humildad, porque, como tomó por tu aínor forma de siervo y esclavo, quiso humillarse á la suprema bajeza de los esclavos, que es ser vendidos por dineros. Por donde echarás de ver la grande obligación que tienes de amar y servir á un Señor que tales extremos de caridad ha hecho por tu bien. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¿Qué de invenciones buscáis para humillaros, por curar mi soberbia con vuestra humildad! Bastante era que hubierais querido tomar la forma de esclavo, y sujetaros á los trabajos de ellos; mas, no quedaba satisfecha vuestra sed de humillaciones, y por esto quisisteis ser vendido como un vil siervo. Curad, Dios mío, de una vez mi soberbia, pues tanto lo deseáis, para que yo sepa imitar vuestra humildad. ¿Ves, alma

¹ Act., xx, 28. — ² Matth., xviii, 24.

fiel, la generosidad y humildad de Jesús? ¿Cómo practicas estas virtudes?

Punto 2.º *Quién es el vendedor de Jesús.*— Considera cómo agravan la injuria de Jesucristo las circunstancias de la persona que le vende; porque no fué algún enemigo descubierto, sino un discípulo suyo; y no discípulo de los que comúnmente le seguían, ó de los setenta y dos discípulos que le eran más allegados, sino uno de los doce que llamó Apóstoles, á quien hizo extraordinarios favores y mercedes, descubriéndole sus secretos y dándole potestad para lanzar los demonios y hacer milagros. El motivo principal que tuvo para esto fué la avaricia; por aquí comenzó su maldad; por aquí creció y llegó á la cumbre, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo ¹, que la codicia es la raíz de todos los males, y por ella muchos faltan en la fe y se meten en grandes trabajos. Era Judas inclinado á tener dineros y cosas propias, y dejándose vencer de esta pasión en cosas pequeñas, vino á caer en otras muy grandes. Porque teniendo el cargo de recoger las limosnas que daban á su Maestro, comenzó á hurtar algo ², y gastarlo á su albedrío y en sus comodidades. Con esto principió á faltar al voto de pobreza, si es que lo tenía hecho, y así vino á perder la gracia de Dios. Y cuando la Magdalena ungió los pies de Cristo, murmuró de aquella obra tan santa, y de que Cristo la consintiese; por lo cual le aborreció, y en venganza, y para reparar la pérdida de lo que hurtara si aquel unguento se vendiera en trescientos dineros, se decidió á venderle. Mira á qué extremo de males condujo á Judas una pasión no mortificada. Por ella cayó en hurto, quebrantamiento de un voto, murmuración, escándalo, aborrecimiento de su Maestro, en infame venta de Su Majestad y en condenación eterna. Saca de todo esto grande temor y temblor de los juicios de Dios; porque mientras estás en este mundo, no tienes seguridad de tu perseverancia, aunque muy santo y seguro parezca el lugar en donde moras. Acuérdate que Lucifer cayó en el cielo, Adán en el paraíso, y Judas, de discípulo de Jesús, vino á ser el caudillo de sus enemigos. ¡Oh Maestro piadoso! Tened de vuestra mano á este pobre discípulo, para que no caiga en las miserias de este falso apóstol. Ayudadme á combatir con ardor y decisión todas mis pasiones, á fin de que el demonio no tenga por donde asirme y no me precipite en el pecado. ¿Sentimos nosotros los estímulos de alguna pasión ó inclinación desordenada? ¿Qué debemos hacer para combatirla y extirparla?

Punto 3.º *El demonio persuadió á Judas esta maldad.*— Considera en este punto cómo el que persuadió á Judas la venta de su divino Maestro fué Satanás ³, movido, parte por el deseo que tenía de robarle el alma, y parte por el odio que tenía á

¹ 1 Tim., vi, 10. — ² Eccli., xix, 1. — ³ Joan., xii, 6. — ⁴ Joan., xiii, 2.

Cristo nuestro Señor, deseando quitarle la vida y sacarle de su poder aquel discípulo. En lo cual has de ponderar que la pérdida de Judas, aunque de su parte comenzó por querer seguir su mala inclinación; pero creció mucho por la solitud del demonio, que le iba atizando y soplando por momentos, luego que entró dentro de su alma; porque la pasión no mortificada es como enemigo doméstico que abre la puerta del corazón á Satanás, para que entre y le despeñe en el abismo de la maldad; y mientras la pasión dura, tiene el demonio muy segura su morada y posesión. Por donde puedes ver cómo el demonio hace de las pasiones lazos muy fuertes para enlazarte y arrastrarte á su voluntad; como el cazador que tiene atada el águila por una sola uña, fácilmente la puede quebrar las alas y cortar la cabeza; y así te importa mucho el mortificarlas y vencerlas, para que no se conviertan en instrumento de tu enemigo. Mas, pondera aquí la razón aparente con que esta serpiente astuta engañó á este miserable, coloreando la maldad de esta manera: «Tu Maestro dice que ha de morir esta Pascua, y los judíos lo desean y procuran mucho; pues ello ha de ser, y tu Maestro lo quiere, poco daño le haces en venderle; antes cumples su deseo, y de camino cumplirás el tuyo, cobrando el dinero que perdiste.» ¡Ay del hombre cegado por la pasión! Cualquiera aparente razón, si es conforme con los ímpetus de ella, basta para convencerle, como ésta convenció al desgraciado Judas; y llegará á tener por justo y santo lo que es injusto y criminal, y á mirar como un obsequio hecho á Dios la persecución y muerte de sus siervos. ¿Nos ha engañado alguna vez el enemigo, haciéndonos caer en la culpa? ¿Qué medios debemos adoptar para descubrir sus engaños y vencerle en sus ataques? ¡Oh Salvador fortísimo y sapientísimo! Pues vinisteis á echar de las almas al fuerte armado ¹ que pacíficamente las poseía, y á alumbrarnos, para que conociésemos las astucias de esta infernal serpiente; dadme vuestro socorro y vuestra luz para que ni su furor me acobarde, ni su astuta malicia me engañe, sino que, descubriendo sus ardidés, pelee contra él hasta vencerle.

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán profundos é inescrutables son los divinos juicios! Según lo anunciado por los profetas, el Salvador del mundo ha de ser vendido á sus enemigos. El que no tiene precio y cuyo valor es infinito, ha de ser vendido por el más vil precio. Así quiere expiar la culpa que cometimos, vendiéndole con el pecado; así quiere llegar al extremo de la humillación, queriendo pasar por todas las bajezas de los esclavos, cuya forma ha tomado, inclusa la venta. ¡Oh amor de Jesús! ¡Cuán admirable eres! Pero ¿quién será el atrevido y criminal que lleve á intentar esta venta? ¿Cuál será el monstruo que ose conce-

¹ Luc., xi, 21.

birla y aconsejarla? Judas, uno de los discípulos del Salvador, y aun de los más allegados, será el desgraciado que consienta en tamaña tentación. Estimulado por una insaciable codicia, y viéndose privado de las ganancias que pensaba hacer con el precioso unguento que la generosa y devota Magdalena había derramado para unguir á Jesucristo, intenta reintegrarse, vendiendo á su mismo Maestro. Satanás, deseoso de quitar del mundo al Salvador, del cual temía grande ruina para su imperio, excita y aviva la pasión avarienta en Judas, le inspira razones aparentes para moverle al criminal contrato, y no cesa en sus tentaciones hasta que le precipita en el abismo del más enorme pecado. ¡Oh cuán temible y perniciosa es una pasión no mortificada! ¡Cómo sabe valerse de ella el demonio para hacernos caer! ¡Cuánto debemos recelar de nosotros mismos y de nuestros propósitos, aunque nos parezcan muy firmes, y aunque nos hallemos en un lugar en la apariencia seguro! ¿Cómo piensas tú acerca de todo esto? ¿Te domina alguna pasión? ¿Confías en ti mismo? ¿Amas desordenadamente los bienes de la tierra? Mira á Judas: de Apóstol de Jesús, ¡adónde vino á parar! Haz propósito de reformarte y vencerte, y conociendo tu flaqueza, pide auxilios al Señor, y ruégale por todas las necesidades por las que debes rogar.

II.—OBJETO Y PRECIO DE LA VENTA DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Jesús es vendido por treinta dineros á los príncipes de los sacerdotes, que le compran para matarle; desde este momento busca Judas la oportunidad de entregárselo.

PRELUDIO 2.º Representate á Judas estipulando con los sacerdotes la venta de su Maestro.

PRELUDIO 3.º Pide compasión de Jesús por la afrenta que padece, y gracia para imitar su admirable mansedumbre.

Punto 1.º *Jesús es vendido á los judíos, quienes le compran para matarle.*—Considera aquí las personas á quienes es vendido Jesús, que fueron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y magistrados del templo, al tiempo que estaban buscando una ocasión favorable para darle muerte, por la ira y rabia que tenían contra Él. No le vende el desdichado Judas á su Madre Santísima, que le comprara segunda vez, como le compró en el templo, para regalarle; ni le vende á otros discípulos ó amigos, que le comprarán para libertarle y tomarle por su Señor; sino véndele á los mayores enemigos que tiene, los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Qué injuria para Jesucristo! ¡Qué crueldad tan endemoniada en el vendedor, y qué furia tan infernal en los compradores! Pondera además la grande afrenta que resultó al Señor de esta venta en la opinión de aquella gente, y la paciencia con que la llevó, pues la estaba mirando, aunque de lejos. Es de creer que Judas, para

encubrir una cosa tan fea como era vender á su Maestro, diría de Él mucho mal á los del concilio, protestando que salía de su escuela, porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites; que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese los pies y la cabeza con un unguento que valía trescientos dineros y otras cosas por el estilo. Las cuales oían con grande gusto aquellos sacerdotes, sin que hubiese uno sólo que saliese á la defensa de Cristo. No fué tampoco pequeña la afrenta que resultó á Cristo nuestro Señor á los ojos de aquella gente y del pueblo, que saliese de su escuela un discípulo tan codicioso y abominable, que vendiese á su Maestro, con muestras exteriores de grande aborrecimiento; de esto tomarían ocasión sus enemigos para decir: «Cual es el discípulo, tal es el Maestro». ¡Qué consuelo y conformidad han de sacar de todo esto aquellos maestros y prelados, que sin culpa suya se ven murmurados por sus súbditos, ó cuando estos no se aprovechan cual debieran de sus consejos y ejemplos! ¡Oh Maestro celestial! No permitáis que con mi mala vida, ni por mi causa, sea vuestro nombre blasfemado entre las gentes. Tenedme con vuestra mano poderosa, para que no venga á caer en tal desgracia y malicia, que, como Judas, os injurie gravemente, y aun á costa de vuestra honra quiera justificar mi pecado. ¿Hemos nosotros vendido alguna vez á Jesús con nuestros pecados? ¿Hemos pretendido excusar á costa de Él nuestras culpas?

Punto 2.º *Precio en que es vendido Jesús.*—Considera aquí el precio en que es vendido Jesucristo, que fué treinta dineros de aquel tiempo; precio vilísimo, en el cual comúnmente los judíos apreciaban á su esclavo, cuando alguno le había muerto¹. Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues por aquí se ve la baja estima que tenían de Él, así el que le vendía como los que le compraban. Pero fué todavía mayor la injuria que se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algún dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores diciendo: «¿Qué me daréis, y yo os lo entregaré?» Como quien dice: Dadme lo que quisierais, y yo le pondré en vuestras manos. Y ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y odio que tenían de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros que se daban por los esclavos, no en satisfacción de la muerte, sino para dársela muy cruel. Mira cuán diferente es la estima que Jesús tiene de los pecadores de la que ellos tienen de Él. Ellos le venden por treinta dineros, Él los compra con su propia sangre: ellos ponen en voluntad de su carne el precio de la venta, Él pone en la voluntad de su Padre el precio de la compra. ¡Qué confusión para ti, si

¹ Exod., xxi, 32.